

## EL AMOR

Frecuentemente se ha intentado definir el amor, considerando que se trata de un sentimiento paradójico por excelencia, pues puede proporcionar simultáneamente éxtasis, tormento, libertad y esclavitud.

Se ha puntualizado que cuando el amor es interpretado sólo como una sensibilidad emocional, da paso a un afán posesivo, al dominio y a la sumisión, de donde surgen los celos y el miedo a la pérdida, de los que resultan innumerables conflictos con los que las sociedades se familiarizan y se acostumbran.

En cambio, cuando realmente existe el sentimiento que genera el deseo del mayor bien para la persona sobre la que se deposita, no es compatible con la envidia, los celos, el deseo de posesión o de dominio, y la exigencia de derechos y deberes. Sólo si desaparecen estas ideas, el sentimiento se puede calificar de amor.

Cuando las personas sienten amor entre ellas, lo comparten todo sin basarse en los deberes, que pueden ser loables pero ajenos al amor verdadero. Un esposo o padre que brinda su dedicación a su familia, sólo por obligación, no está amándola realmente; y esto puede extenderse a cualquier relación entre seres que creen basarla en el amor.

Si realmente dos personas se aman, no debería existir la posibilidad de causarse dolor mutuamente, cuando cada uno actúa según su criterio de lo que es correcto; pero en el momento en que uno o ambos, desean imponer su punto de vista, considerándolo el mejor, nace la discordia y el sufrimiento.

Los filósofos y los poetas no han dejado de generar escritos tratando de acotarlo en palabras, pero no ha sido posible. Ese aluvión de literatura ha generado, por rechazo, una potente corriente de opinión que considera al amor, tan sólo una actitud cultural, una actividad apoyada socialmente y gestada por los escritores, desde hace mil años, con la literatura árabe y la sublimación poética de los trovadores.

Lo cierto es que hasta hace pocos años los científicos no habían concedido importancia a ese sentimiento y lo habían despreciado como materia de estudio. Incluso, algunos trataron de explicar la universalidad del amor, como un proceso de alucinación colectiva, o a lo sumo, un atavismo cultural que podría ser explicado por la antropología.

En efecto, se ha demostrado que en 147 de las 166 culturas estudiadas en todo el mundo, por diferentes equipos de investigadores, existen relaciones amorosas del mismo tipo que en occidente, y que los resultados negativos de las restantes, tienen que ver más con una falta de información por parte de los antropólogos, que con la ausencia de euforia amorosa en sus habitantes.

Se ha concluido entonces, que si se trata de un fenómeno tan universal, al margen de la educación, el sentimiento amoroso debe tener una base biológica.

Desde hace aproximadamente diez años, los biólogos, químicos, psicólogos y antropólogos se han lanzado a desentrañar los comportamientos y reacciones cerebrales que se desencadenan cuando surge el amor. En su mayor parte, las conclusiones de los científicos han partido de las tesis evolucionistas, sosteniéndolas y confirmándolas. De allí que algunos afirmen que existe una tendencia genética hacia el amor, es decir que los seres humanos están programados por los genes, para amar; efecto producido a través de la química cerebral.

Para muchos psicólogos la definición de amor debe abarcar otro tipo de experiencias que no sean las propias del enamoramiento entre dos personas, aunque sin excluir ésta.

Según Erich Fromm: "El amor es la predisposición activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos"; por lo tanto, el ser humano requiere una actividad continua que haga florecer el amor, lo cual le impide circunscribir ese sentimiento sobre un solo objeto, hombre o mujer.

El amor implica absoluta libertad y llega a un individuo cuando no se interesa o centra sólo en sí mismo, convirtiéndose en la esencia de la virtud, y permitiendo que todas sus acciones no tengan ningún riesgo ni produzcan ningún conflicto.

Ciertamente, si el amor que supuestamente se brinda, necesita la retribución en cualquier forma, no existe como tal. Es un esbozo de lo que puede llegar a ser, pero el verdadero y total sentimiento amoroso da y sirve, sin esperar recompensa.

Además del amor erótico, que otros llaman enamoramiento, es decir una relación vinculada con el sexo, Fromm distingue el amor fraternal. Lo considera la forma más básica del amor, pues por él se entiende el sentido de responsabilidad, cuidado, respeto y conocimiento hacia otro ser humano, regido por el mandamiento: "amarás al prójimo como a ti mismo".

A otro nivel funciona el amor materno, o el amor a sí mismo, que nada tiene que ver con el egoísmo o la vanidad. Por último Fromm contempla el amor a Dios, la forma religiosa del amor, ya que en Dios se resuelve el conflicto de la separatividad, y el individuo se hace uno con el todo.

Otros autores amplían este esquema con el amor a cosas u objetos inanimados, amor a los animales, amor a la belleza, amor a la naturaleza, amor a ideales y amor a actividades o formas de vida.

Evidentemente, se puede consignar un gran número de otras formas de amor, pero la que más interesa a todos, es el amor a los demás, en especial a las personas del sexo contrario, y al conocimiento sistemático de este tipo de amor es al que se han lanzado los científicos.

Por un lado está la tesis neo-darwinistas, impulsada por la socio-biología, que concede al amor un papel muy importante en la evolución de las especies, incluida la humana.

Algunos están convencidos de que la base del amor entre los sexos reside en la genética, y según esta teoría, el comportamiento sexual está controlado por los genes. Aquellas personas para quienes el amor ha generado extrañas y placenteras emociones serían quienes han tenido relaciones sexuales amorosas y han tenido hijos.

La evolución ha dotado así a la mujer de atractivos sexuales que pueden predisponer al hombre hacia una acción amorosa con el objeto de reproducirse. El amor erótico sirve pues "para aumentar las probabilidades de apareamiento sexual y afianzar así la supervivencia de la especie".

La teoría que sostiene que todos estos procesos son una cuestión genética y de química cerebral, recibe un gran rechazo por parte de sectores científicos más conservadores y religiosos, pues ellos temen que este tipo de opiniones conduzca exclusivamente a identificar el sexo con el amor, y a convertir el atractivo sexual y la copulación en un fin en sí mismo, sin el sentimiento de trascendencia que debe presidir todo acto amoroso. Para ellos, el amor es un sentimiento espiritual que trasciende el sexo y la relación de pareja.

El sentimiento amoroso convulsiona a todos por igual, sin embargo, el que florece y experimentamos hacia los hijos es para muchos, el más fuerte.

#### AMOR MATERNAL. AMOR FRATERNAL

Para hacerse una idea de lo que significa el instinto maternal hay que pasar por la experiencia, que se basa en una relación de entrega sin condiciones, decidida aparentemente por el azar, y que conjuga emociones como el afecto, la ternura y los deseos de protección.

Cualquiera que lo haya experimentado sabe que se trata de algo especial, no comparable al amor de pareja o a la amistad. En esta relación, la ternura, los deseos de protección, la alegría por la felicidad del hijo, y la satisfacción por la cercanía física, se experimentan en forma muy intensa. Muchas madres sienten como si el hijo fuera una parte de su cuerpo y la mayoría cambiaría su vida por la del pequeño.

Esta identificación puede tener una base funcional, según aseguran investigadores de la Academia de Ciencias de Nueva York en Washington, USA, en un estudio dedicado a la "neurobiología de las relaciones sociales"; ya que una hormona producida por el hipotálamo y conocida como oxitocina, parece ser la responsable de algo tan sutil y etéreo como el amor de madre.

Esta sustancia, encargada de regular las contracciones uterinas en el parto y la secreción de la leche materna, influye también en el comportamiento. Pero, nuevamente, surge la pregunta: ¿la hormona rige la conducta, o el pensamiento que conduce a un comportamiento provoca cambios fisiológicos en el organismo que determina la secreción adecuada de las hormonas necesarias?

Muchos sostienen que el sentimiento no puede depender únicamente de un compuesto químico, pues si así fuera, ni los padres biológicos, ni las madres adoptivas podrían experimentarlo, y sólo sería una emoción de las madres biológicas.

Aunque la experiencia nos dice que eso no es cierto, ya que muchos padres y madres adoptivos desarrollan sentimientos maternales, hay científicos que siguen pensando que la biología manda, y que el mejor de los padres no puede sustituir a una madre porque su cerebro no experimenta los cambios que originan el parto y la lactancia. En efecto, si observamos la realidad actual, sólo una de cada diez madres comparte al cien por ciento con el padre, la atención de los hijos, lo cual no significa que un padre no pueda desarrollar gran afecto por su vástago.

Sea posible o no, medir el amor materno, como se trata de un sentimiento humano, no todas las personas lo experimentan del mismo modo. La periodista Virginia Mataix ha escrito un libro titulado "Maternidades", que comienza así:

“La experiencia de ser madre no fue en modo alguno, grata para mí. Durante los primeros meses llegué a pensar que era la única mujer en esta Tierra que no disfrutaba del hecho de tener un hijo”. Confiesa que estuvo profundamente impactada por sus propios sentimientos que catalogaba como antinaturales, y proyectó una investigación para conocer la realidad femenina en cuanto a la experiencia maternal, para lo cual entrevistó a una veintena de mujeres que relataban sus sentimientos. Más tarde, publicaba sus conclusiones:

“Las historias son más distintas entre sí de lo que cabría esperar de las variables de clase o edad. Eso sí, todas se quedarían con sus hijos, ninguna se arrepiente o cambiaría la experiencia. Quizás, la gran trampa es que en general, a los hijos se les quiere, y una vez que se les ha visto la cara, no se los puede dejar”. Aunque siempre hay dramáticas excepciones.

Sin embargo, es legítimo preguntarse si todos los padres quieren de igual manera a sus hijos; pues no parece así, a juzgar por las cifras recogidas en las instituciones dedicadas a auxiliar a los niños maltratados; y si nos remontamos en el tiempo y el espacio de la historia, podremos verificar que algo en apariencia tan atroz como el infanticidio, tuvo un gran arraigo entre la especie humana.

Los antropólogos han estudiado sociedades en India, China, Japón e incluso Europa, que aún en épocas cercanas, utilizaban el infanticidio, especialmente de las niñas, como medio de control de la natalidad.

Todavía en 1870, la práctica del infanticidio entre el empobrecido campesinado chino era casi general, y las mujeres rara vez permitían que sobrevivieran más de dos hijas.

Sin llegar a tanto, hay que decir que la protección de la infancia y el elogio de la maternidad es un hecho relativamente reciente en la historia, incluso para la Iglesia Católica; porque en las Decretales de 1.234, del papa Gregorio IX, consideradas como la base del derecho canónico, se decía que “para la madre, el niño es oneroso antes del parto, doloroso en el parto y, gravoso después del parto; razón por la cual al enlace de la pareja se lo ha llamado matrimonio”, del latín *matris* (madre) y *munium* (carga).

Nadie, después de Sigmund Freud, se atreve a dudar, de que el amor materno recibido en la infancia repercute en la vida adulta, pero lo que discuten los especialistas es el grado de esta influencia.

Mientras el maltrato infantil se da en un 5% de la población, en las personas que en su día fueron maltratados, el porcentaje puede alcanzar entre el 30% y el 90%.

Los psicólogos han descubierto también, que si bien no recibir suficiente amor materno es muy inconveniente para el niño y para su futuro como adulto, no lo es menos recibir demasiado; con lo que ha nacido el término “sobreprotección”.

En su libro “Matriarcado patológico”, en referencia a las madres que agobian amando, el psicólogo Esteban Murcia Valcárcel afirma que no hay sobreprotección sin un rechazo previo de lo que se protege.

“No sobreprotege quien cuida al niño, sino quien se siente obligado a controlar cada acto, como si el mundo fuera tan adverso y él tan desvalido, que siempre necesitará la intervención de otro para poder enfrentar las situaciones”.

Por su parte, una corriente de la psicología actual concede a los hermanos una gran influencia en el desarrollo y en el comportamiento del futuro adulto, mayor incluso de la que el psicoanálisis clásico atribuye a los padres.

Judy Dunn, psicóloga británica que estudia la dinámica familiar, afirma que desde su primer año de vida, los niños captan las peleas entre sus hermanos y son capaces de colocarse emocionalmente de parte de uno u otro. A los dos años ya saben como herir y confortar a sus hermanos, y a los tres, dominan el modo de hacer valer sus habilidades frente a ellos.

Otro investigador de la mente humana, Frank Sulloway, del MIT (USA), analizó las biografías de seis mil personajes históricos famosos y concluyó que el carácter está influido por el lugar que se ocupa en la familia: los primogénitos son más autoritarios y conservadores; mientras los segundos, son más rebeldes y radicales.

Resulta indudable que el primer rival y el primer aliado que se encuentra un niño en un plano igualitario, es su hermano, y esto crea un vínculo, despertando sentimientos de amor y odio, muy fuertes.